

—¡Imposible! repitió el criado; por mi vida que si por vos mismo queréis asegurarnos de lo que os he dicho, mi oficial, todavía estáis á tiempo. Tomad por el atajo y llegaréis al templo cuando ellos.

No me hice repetir la invitación, pues no veía el instante de asegurarme de la realidad por mis propios ojos, tan poca fe me inspiraban las palabras de aquel hombre, para mí interesado en propalar tan audaz mentira.

Valence me era conocida por haber vivido tres meses en ella; así, pues, atravesé rápidamente el puente, penetré en la ciudad y me metí por las callejuelas que más directamente debían conducirme á la iglesia; á bien que me guiaba el sonido de las campanas lanzadas á todo vuelo.

La plaza de la catedral estaba atestada de gente.

Pues bien, á pesar del ruido que producían las campanas y de la muchedumbre que se apiñaba en la plaza, no podía dar crédito á mis sentidos.

—No, decía entre mí, la que camina hacia el altar es otra; lo que aquel hombre me ha dicho es una falsedad.

Y sin embargo, al mezclarme con la multitud no me atreví á interrogar á nadie.

Á no vestir el traje de los guardias del cardenal, no me hubiera sido posible llegar á la primera fila, tan compacto era el gentío; pero ante mi uniforme todos me franqueaban el paso.

Entonces... ¡Oh! todavía hoy necesito de toda mi energía para daros estos terribles pormenores; ayer, cuando ignoraba que erais vos la que me escribáis, no hubiera renovado semejante dolor sin abrir de nuevo una llaga mortal... ¡Ah! vos sólo habéis sufrido por mi muerte, yo he sufrido por vuestra traición.

Perdón, Isabel, perdón; ahora sé que vuestra traición no era sino aparente; mas para mí, desventurado, era real.

Os vi aparecer al través de una nube parecida á la

que pasó por mis ojos cuando herido por aquel oficial caí de mi caballo al suelo. Experimenté la misma sensación, más dolorosa todavía; porque lo que la primera vez sentí en el costado, ahora lo sentí en el corazón.

Cuando os vi aparecer estabais pálida, pero os sonreíais, y caminabais con paso firme al cruzar la plaza, y aun parecía que teníais prisa por llegar al templo.

Me pasé una mano por los ojos, y agobiado, jadeante, murmuré en medio de la admiración de los que me rodeaban:

—¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! lo que estoy viendo no es verdad... Esa que ahí viene no es ella... ¡Oh Señor! ¡ojos, oídos, mis sentidos todos me están engañando!... Sólo ella no me engaña, no puede engañarme.

Luego, al pasar vos á diez pasos de mí, se me heló la voz en la garganta, pero no perdí la esperanza de que no llegaríais hasta la iglesia, de que os detendríais en el camino, y de que violentándoos como os estaban violentando, tomaríais á todas las mujeres por testigos de la sinceridad de vuestro amor. Entonces yo, con riesgo de mi vida, me hubiera presentado para decir:

—Sí, la amo, y ella me ama; sí, yo soy el conde de Moret, muerto para todos menos para Isabel de Lautrec, mi prometida en este y en el otro mundo... ¡Dejadme que pase con mi prometida!

Y os hubiera arrebatado á la faz de todos y á pesar de todos; tal era la fuerza con que me sentía.

¡Oh Isabel! ¡Isabel! vos permanecisteis muda, y no os detuvisteis, y penetrasteis en el templo. ¡Ay! en el instante en que desaparecisteis debajo del pórtico, desgarró mi pecho un largo grito iniciado hacía largo tiempo en lo más profundo de él, y antes que los que me rodeaban hubiesen tenido tiempo de preguntarme la causa de mi clamor, me había abierto paso y desaparecido en demanda del río, donde

hallé de nuevo mi barca. Entonces me arrojé en medio de mis marineros, y hundiendo las manos en mis cabellos exclamé con acento desesperado:

—¡Isabel! ¡Isabel!

Los tripulantes me dejaron por unos instantes entregado á mi dolor, y luego me preguntaron adónde quería que me condujesen.

Por toda respuesta les señalé el curso de las aguas.

Entonces desatracaron, y el Ródano nos llevó en su corriente.

¿Qué más puedo decir? Indudablemente he vivido durante los últimos cuatro años, ya que hoy me halláis vivo y amándoos; pero no he existido.

Estaba aguardando que llegase el término que para pronunciar mis votos me impusiera, y este término lo apresuráis vos; ¡gracias! Desde que sé que no me fuisteis traidora y que continuáis amándome como siempre, mi vocación me es más fácil y camino más tranquilo hacia el Señor.

Rogad por vuestro hermano, como vuestro hermano rogará por vos.

Á las tres de la tarde.

XVIII

Á las cinco y media del mismo día.

¿Qué me estáis diciendo en vuestra carta? no lo comprendo, no puedo comprenderlo. ¡Me habéis hallado, estáis seguro de que no os he sido infiel, de que os amo, y decís que esto precipita el día de vues-

tros votos, que esto os facilita vuestra vocación y os da más tranquilidad para consagraros á Dios!

¿Acaso sería inquebrantable vuestro singular designio de renunciar al siglo?

Escuchad: Dios no es injusto. Cuando á Él me consagré, fué en la creencia de que estabais muerto; pero viviais: Dios no ha podido recibir unos votos arrancados á la desesperación, ya que la causa de la desesperación no existía; luego soy libre, no obstante mis votos.

¡Oh! sí, vos lo decís: casi nos tocamos en la abadía, y voz alguna nos dijo que nos encontrábamos tan cercanos el uno del otro. Mas no, no digo la verdad, soy injusta con mi propio corazón, que me estaba diciendo: «Insiste, quédate, está aquí».

Pero ya comprendo, la abadesa temió por ella, temió que la hospitalidad que os concediera no acrecase su desventura.

¡Ay! ¿por qué no os hallé yo? Me hubiera henchido de orgullo que Dios me hubiese conferido el ministerio de salvar al hijo de Enrique IV; todo lo hubiera arrostrado por el solo orgullo, por la sola gloria de decir: «Cuando el mundo entero le abandonaba, yo, únicamente yo le acogí y le protegí».

Pero ¡qué loca soy! al hablar de esta suerte os hubiera vendido, puéstoos en el trance del mariscal duque.

Vale más pues que la señora Ventadour hubiese ocultado vuestra existencia aun á mí y que vos vivieseis; vale más que yo sufra, y sea desventurada, y me muera.

Mas ¿por qué sería yo desgraciada? ¿por qué me moriría? Vos no habéis pronunciado voto alguno y yo miro los míos cual si ya estuviesen rotos. Partamos, vayámonos á Italia, á España, al extremo opuesto del mundo. Todavía estoy rica; aunque bien considerado ¿qué necesidad tenemos de riquezas? Vos me amais y yo os amo; ¡partamos! ¡partamos!

Pensad que me habéis juzgado á mí, á vuestra Isabel, capaz de una infamia, y que me debéis una reparación.

Quedo aguardando con ansia vuestra respuesta.

XIX

Á las cinco de la mañana.

Vuestra carta me ha hecho estremecer hasta las más recónditas fibras del corazón.

¡Ah! ¡qué destino el nuestro! Me ofrecéis la dicha buscada, esperada y deseada durante toda mi vida, y no puedo aceptarla.

¡Isabel! ¡Isabel! vos, como yo, sois noble, y si una sencilla promesa nos obligaría para con los hombres ¿cuánto no debe ligarnos un juramento hecho á Dios?

No intentéis alucinaros; vuestros votos son reales y Dios no admite semejantes sutilezas.

Así pues sólo existe para nosotros un porvenir, lo porvenir al cual nos ha precipitado nuestra desventura. Vos me habéis mostrado la vía santa penetrando en ella la primera. Os sigo, y no temáis, llegaremos juntos al fin, ya que el objeto que perseguimos es el mismo. Yo rogando por vos, y vos haciéndolo por mí, pondremos en nuestras oraciones un ardor como no lo hacíamos para nosotros mismos, y el Señor nos concederá, con la vida eterna, un amor eterno también, en lugar del amor perecedero y de la vida mortal.

No porque os diga lo que os digo vayáis á creer

que os amo menos que os amaba; no. No os amo más, pero os amo con la energía de un hombre tanto más fuerte cuanto ha caído de mayor altura y por tanto á mayor profundidad, y que habiendo revivido después de haber tocado la muerte con la mano, ha salido de la tumba con la palidez de rostro que dan á los que las han tenido las revelaciones de otra existencia.

Creedme pues, Isabel, y atended que tanto más insistiré sobre el particular cuanto más os amo. No arriesguéis vuestra salvación eterna asiéndoos de un sofisma. Comparada con la eternidad, la vida en este mundo representa un segundo al lado de un siglo. Vivimos un segundo sobre la tierra, y junto á Dios eternamente.

Demás, y prestad toda vuestra atención á lo que voy á deciros ¡oh prometida mía en este y en el otro mundo! sólo el poder que ata tiene el derecho de desatar, y Dios es quien ha querido lo que nos está pasando para que en un alma engañada como lo ha sido la vuestra no pudiese tener cabida la desesperación. Nuestro papa actual es Urbano VIII, y vuestra familia está emparentada con elevadísimos personajes de Italia. Lograd la anulación de vuestros votos, y cuando lo hayáis logrado, decidme: «¡Estoy libre!» y entonces, entonces... ¡Oh! ¡no me atrevo á pensar en la dicha de ángeles, en la felicidad sin remordimientos que lo porvenir nos reserva!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XX

Á las dos de la tarde.

Os sobra la razón; nada debe turbar nuestra dicha. Es menester que ni el temor ni los remordimientos nos turben el alma: que á nuestro tempestuoso cielo sustituya un cielo tachonado de estrellas. No temáis, aquel á quien voy á dirigirme me escuchará, y aun cuando inflexible, se apiadará de mí. No os pido sino tres meses para recobrar mi libertad; si durante este término nuestra paloma no os ha llevado la bula que me desliga, será que no nos cabe reunirnos sino en el cielo.

Entonces consagraos á Dios como yo á Él me he consagrado, por medio de lazos indisolubles, porque ¡ay de mí! no podéis imaginaros cuáles serían mis celos al saber que vos eraís todavía libre estando yo encadenada como lo estoy.

Mañana á estas horas ya me habré puesto en camino.

XXI

Á las cuatro y media de la tarde.

Idos, y que el Señor sea con vos.

Á primero de junio de 1638.

Hoy cumple un mes que recibí vuestra última carta; un mes que no he visto nuestra paloma; que nada, excepto mi corazón, me ha hablado de vos.

Verdad es que debéis de aprovechar el tiempo; pero en ese vivir los minutos se han convertido en horas, las horas en días y éstos en años. ¿Me será dable aguardar dos meses más de esta suerte?

Sí, porque no perderé la esperanza hasta el último día.

Escribo la presente sin saber si vos llegaréis á recibirla; con todo, lo hago para que el día que debe separarnos ó reunirnos sepáis que he pensado en vos á cada latido de mi corazón.

XXII

Á 22 de junio de 1638.

Ve, paloma querida, vuela al encuentro de mi inolvidable resucitado y dile que sus oraciones me han protegido, que estoy libre, que somos dichosos.

¡Libre! ¡libre! ¡libre!

¡Oh amor mío! deja que te lo cuente todo.

No sé por dónde empezar, la dicha me enloquece.

Ya sabes que el día mismo en que te escribí mi última carta cundió oficialmente la grata noticia de que la reina estaba en cinta, con motivo de lo cual debían celebrarse grandes fiestas en toda Francia, y el rey y el cardenal conceder gracias.

Resolví pues ir á arrojar-me á los pies de este último, quien en cuanto se refiere á lo eclesiástico tiene amplios poderes de Roma.

Ahí porqué únicamente te pedí tres meses.

El día mismo en que te escribí, partí con permiso de nuestra superiora.

Mi vecina de celda se encargó de velar por nuestra paloma; y como de dicha vecina estaba yo tan segura como de mí misma, dejé sin temor alguno á nuestra mensajera.

Me puse en camino; pero por más diligente que anduve, no pude llegar á París hasta diez y siete días después de mi salida de la abadía.

El cardenal se encontraba en su quinta de Rueil, y allá me fuí sin perder minuto; pero como aquél estaba enfermo y no recibía, me instalé en la aldea y aguardé, no sin haber antes mandado á que participasen mi llegada al padre José; el cual, al tercer día, vino á anunciarme personalmente que Su Eminencia estaba dispuesto á recibirme.

Al oír esta noticia me levanté, pero me caí de nuevo en la silla. Me había puesto pálida como una difunta, el corazón parecía que iba á saltármese á pedazos, y se me doblegaban las piernas.

El padre José no tiene fama de compasivo; con todo, al ver que yo sólo al pensar en que iba á encontrarme en presencia del cardenal me ponía en tal extremo, me alentó lo más bien que supo, diciéndome que si tenía que solicitar algo de Su Eminencia, el momento era propicio, ya que éste se encontraba de salud como mejor no se sintiera de mucho tiempo á aquella parte.

¡Oh! es que mi vida y la vuestra pendían de lo que iba á pasar entre el cardenal y yo.

Seguí al padre José sin ver objeto alguno: tenía los ojos fijos en él, y su andar y sus movimientos regulaban los míos.

De esta suerte atravesamos parte de la aldea y pe-

netramos en el parque, y luego seguimos una alameda de corpulentos árboles.

Cada uno de estos cambios me impresionaba en globo; cuanto á los pormenores, no me daba cuenta de ellos.

Por fin, á lo lejos y debajo de un pabellón de madereservas y clemátidas, divisé un hombre semi-tendido en larga silla, ostentando larga sotana y rojo solideo, distintivo cardenalicio. Al verlo tendí hacia él la mano, á cuya acción interrogativa respondió el padre José:

—Sí, él es.

En aquel instante pasaba yo cerca de un árbol, en el que me apoyé para no dar conmigo en tierra.

El cardenal, que notó mi vacilación, el movimiento que le indicaba mi desmayo, se incorporó y me dijo:

—Llegaos sin temor.

No sé qué sentimiento le hizo suavizar para mí su voz ordinariamente áspera; pero sea lo que fuere, sus palabras me llenaron de esperanza, me devolvieron las fuerzas y me impulsaron á precipitarme á sus pies, á los que llegué casi corriendo.

Entonces Su Eminencia hizo señá al padre José de que se alejara, y éste obedeció retirándose fuera del alcance de la voz, pero no del de la vista.

Yo incliné la cabeza y tendí los brazos hacia el cardenal-duque.

—¿Qué queréis de mí, hija mía? me preguntó éste.

—Monseñor, una gracia de la cual pende mi vida y mi salvación.

—¿Cómo os llamáis?

—Isabel de Lautrec.

—¡Ah! vuestro padre era un fiel servidor del rey, caso raro en los revoltosos tiempos que corremos. Hemos tenido la desgracia de perderlo.

—¿Me será permitido, pues, invocar ante vos su memoria?

—Le hubiera concedido en vida cuanto de mí hu-

biese solicitado, excepto aquello que depende del Señor, del cual no soy sino mero vicario. Hablad ¿qué deseáis?

—Monseñor, he pronunciado votos.

—Lo recuerdo, porque á petición de vuestro padre me opuse con todo mi poder á ellos, y en lugar de adelantarlos, como vos solicitabais, los aplacé á un año. ¿Así pues y á pesar de dicho período los pronunciasteis?

—¡Ay de mí monseñor.

—Ya entiendo, y ahora os arrepentís.

Más prefería yo achacar mi arrepentimiento á mi inconstancia que á mi fidelidad, por lo que respondí:

—Atended, monseñor, que en aquel entonces no tenía yo sino diez y ocho años, y que la muerte del hombre á quien amaba me había enloquecido.

—Ya. repuso el cardenal sonriendo, y ahora tenéis veinticuatro y os habéis vuelto razonable.

Yo admiré la prodigiosa memoria de aquel hombre que se acordaba de la época en que ocurriera un suceso tan poco importante como para él debía de serlo la toma de velo de una niña á quien nunca había visto.

—Y en la actualidad, prosiguió, quisierais romper dichos votos, por haber la mujer vencido á la religiosa, por haberos perseguido en vuestro retiro el recuerdo del siglo, y porque si bien consagrasteis el cuerpo á Dios, el alma ha permanecido en la tierra ¿no es eso? ¡Oh flaqueza humana!

—¡Monseñor! ¡monseñor! exclamé, si no os apañáis de mí estoy perdida.

—Sin embargo, pronunciasteis libre y espontáneamente vuestros votos.

—Sí, libre y espontáneamente; pero, os lo repito, monseñor, estaba loca.

—Y ¿qué excusa podéis dar á Dios de la poca persistencia de vuestra voluntad?

—Mi excusa, bien conocida de Dios, que os conservó

la vida, amado mío, no podía dársela al cardenal, ya que, de hacerlo, causaba vuestra perdición. Calléme pues, y me concreté á exhalar un segundo gemido.

—¿No las tenéis? me preguntó el duque.

Yo me retorcí los brazos de dolor y continué enmudecida.

—Pues es menester que yo dé con una un tanto mundana quizá, pero al fin excusa, repuso aquél.

—¡Oh! ayudadme, monseñor, ayudadme, y os bendeciré hasta mi postrer aliento.

—Enhorabuena; como ministro que soy del rey Luis XIII, no quiero que se extinga un apellido tan noble y tan leal como el que lleváis; vuestro apellido es una de las glorias más legítimas de Francia, y las glorias legítimas de Francia me son en extremo queridas.

Luego me miró de hito en hito, y me preguntó:

—¿Amáis á alguien?

Yo incliné la frente hasta el suelo.

—Entiendo, entiendo, repuso el duque, he adivinado. Y decidme ¿el á quien amáis es libre?

—Sí, monseñor.

—Y ¿sabe el paso que dais, y espera?

—Espera.

—Está bien; sea quien fuere, ese hombre unirá su apellido al apellido de Lautrec, á fin de que el del vencedor de Rávena y de Brescia sea imperecedero como su memoria, y vos seréis libre.

—¡Oh! ¡monseñor! exclamé jadeante de alegría y besando los pies del cardenal, quien me levantó con una mano mientras con la otra hacía seña al padre José de que se acercase, y al cual dijo:

—Conducid nuevamente á la señorita de Lautrec al sitio donde habéis ido por ella, y dentro de una hora le llevaréis una bula que la exenta de sus votos.

—¿Cómo podré daros las gracias, monseñor? dije.

—Es muy fácil: cuando os pregunten vuestra opinión respecto de mí decid que sé castigar y re-

compensar. Vivo, castigué al traidor Montmorency; muerto, recompensé al leal Lautrec. Podéis marcharos, hija mía.

Después de besar repetidas veces las manos al cardenal, seguí al padre José, quien apenas transcurrida una hora me trajo la bula que anulaba mis votos.

Sin perder minuto emprendí mi viaje de regreso, llevando sobre el corazón la preciosa bula, y en verdad más fervorosa hacia Dios desde que éste me dispensara mis votos, que no lo había estado nunca.

En mi regreso no he empleado sino trece días, y heme aquí escribiéndoos, amado mío, no cuanto tengo que deciros, porque entonces os escribiría un libro y tardaríais ocho días en saber que estoy libre, cuánto os amo y cuán dichosos vamos á ser. Apresúrome pues á dar fin á la presente para que sepáis un minuto antes tan agradabilísima nueva.

Los caballos permanecerán guarnecidos, y en cuanto regrese la paloma me pongo en camino.

Decidme tan sólo donde moráis y aguardadme.

Ve, paloma mía; nunca he necesitado tanto de tus alas.

¿Lo has oído, amor mío? nada más sino el sitio donde te encuentras. No quiero que retardes ni un minuto nuestra reunión, no fuese sino para escribir estas dos venturosas palabras:

«¡Te amo!...»

Diez minutos después.

¡Oh! desdichados de nosotros... Ese hombre nos es fatal, amado mío, quizá más ahora que la vez primera.

Escucha, escucha, aunque no puedes oirme; escucha, á pesar de que tal vez nunca debas saber lo que voy á decirte.

Como de costumbre, he atado al ala de nuestra paloma la carta en que te lo contaba todo y te llevaba

un porvenir de ventura, cuando á poco de haber soltado á la pobre Iris, á la que seguía yo con los ojos en su vuelo por el espacio, ha retumbado un tiro allende las tapias del convento, y nuestra paloma ha parado el vuelo, descrito un remolino y caído.

Al presenciar esta desgracia he lanzado un grito tal de dolor, que he creído que con él se me había escapado el alma. Luego me he precipitado fuera del convento como una loca, en términos que mis hermanas, comprendiendo, al verme, que me había acontecido una gran desventura, no han hecho esfuerzo alguno para detenerme.

Una vez fuera del convento me he dirigido corriendo hacia el punto donde viera caer á la paloma, y á cincuenta pasos de las tapias de aquél me he encontrado con un capitán que estaba cazando: era el que acababa de disparar sobre Iris, á la que tenía entre las manos, mientras con extrañeza y sobre todo con pesar contemplaba la carta que ésta llevaba fija en el ala.

He llegado á él con los brazos tendidos y no acertando á pronunciar sino estas palabras: «¡Qué desgracia! ¡qué desgracia!»

Á cuatro pasos me he detenido lívida, con el corazón traspasado, como herida por el rayo; aquel hombre, aquel capitán, el que acababa de derribar á nuestra paloma, era el mismo á quien yo viera durante la noche que recorrí el campo de batalla de Castelnaudary; era aquel Biterán que os disparara un pistoletazo y os derribara de vuestro caballo.

Los dos nos hemos conocido, y entonces su palidez ha igualado casi la mía; y es que al verme en hábito religioso, ha comprendido que él y nadie más que él me lo vistiera.

—¡Ah! señora, en verdad os digo que soy muy desgraciado, ha murmurado el capitán, tendiéndome nuestra pobre paloma, que forcejeaba para escapar de la mano que la retenía y ha caído al suelo, de donde la he levantado apresuradamente.

Por fortuna Iris no tiene sino un ala rota; pero en cambio, amado mío, era la posesora del secreto de nuestras moradas y con ella se lo lleva. ¿Dónde y cómo voy á hallaros ahora si la pobre no puede volar hacia vos, para deciros dónde me encuentro, que estoy libre y que íbamos á ser dichosos?

¡Oh! es indudable que esta pequeña criatura sustenta un alma. ¡Si hubieseis visto, mi amado conde, de qué modo me miraba, cuando me la traía al convento, mientras su asesino, inmóvil y enmudecido, me seguía con la mirada como hizo en la pradera aquella donde se librara la batalla!

No sé si ese hombre va á devolvernos alguna vez, trocado en bien, el mal que nos ha causado; pero será menester que así suceda para que yo no le maldiga en los postreros instantes de mi vida.

He colocado la paloma en una cesta, y en esta disposición la sostengo sobre mis rodillas. Por fortuna la pobrecita no ha recibido daño alguno en el cuerpo; sólo tiene rota la extremidad del ala, de la que acabo de desprender la carta, toda ensangrentada.

¡Dios mío! á no ser este inesperado suceso, poco os faltaría ahora para recibirla.

¿Dónde os encontráis? ¿quién podrá decírmelo?

¡Ah! ahí viene el médico del convento, por quien he mandado...

Á las cuatro.

El médico, sujeto bueno y excelente, ha comprendido que en ciertas situaciones misteriosas de la vida, la existencia de una paloma era tan preciosa como la de un rey.

Y lo ha comprendido al ver mi desesperación y notar la carta ensangrentada.

La herida es de poca monta, tan poca, que, de poder cortar el ala lastimada, Iris habría estado curada en tres días; pero me he opuesto á la amputación,

y cayendo de rodillas á los pies del médico, le he dicho:

—De esta ala que queréis cortar pende mi vida. ¡Es menester que vuele! ¡es preciso!

—Esto ya es más difícil, me ha contestado aquél, y no os respondo del éxito; sin embargo haré cuanto pueda para conseguirlo. Considerad, empero, que en el caso más favorable, la paloma no podrá volar hasta dentro de quince días ó tres semanas.

—Enhorabuena, con tal que vuele.

Como podéis comprender, amigo mío, toda mi esperanza pende de la curación de Iris.

¡Pobrecilla! cuando el médico le ha atado el ala al cuerpo, no ha parecido sino que comprendía la importancia de la operación, pues no ha hecho más movimiento que el de volver hacia mí los ojos.

He puesto agua y arvejas al alcance de su pico; á bien que puede tomar de mi mano misma su alimento.

Interín ¿qué me cabe hacer para que vos sepáis lo que ha ocurrido? ¿qué mensajero enviaros para que os halle? ¿hacia qué punto del espacio me he de volver para hacer, como el naufrago perdido en medio del océano, mi señal de peligro?

¿Por qué no me ha roto un brazo á mí en vez de una de sus alas á la paloma?

Junio.

Te sobraba la razón, amado mío; ahora conozco que de no haber yo conseguido la invalidación de mis votos, el remordimiento hubiese fermentado siempre en el fondo de nuestra dicha, ó más bien no habríamos gozado de ventura alguna, pues Dios no la hubiera sancionado.

Quando me animaba á decirte: «Estoy libre, huiremos los dos y seremos dichosos», quería olvidar; pero

en lo íntimo de mi alma se levantaba una voz lamen-
tosa que en ocasiones acallaba la de mi amor, por muy
robusta que ésta fuese.

Hoy es grande mi desventura, pues no sé cómo
hallarte, verte de nuevo; pero mi conciencia está tran-
quila, y cuando te digo y te repito que te amo, y te
doy título de esposo, no siento en el corazón el agudo
dolor que experimentaba, aún en el instante en que
te decía: «Nada temas, amor mío, vamos á ser di-
chosos».

He velado á nuestra paloma como pudiera haberlo
hecho con una hermana enferma. La pobrecita pa-
dece mucho, y el dolor le hace cerrar de cuando en
cuando los ojos. Entonces derramo en su ala y gota
á gota agua helada, en lo que al parecer halla alivio;
correspondiendo á mi solicitud y cómo para darme las
gracias acariciándome con su rosado pico.

¡Pobre Iris! ¡cuán poco sospecha el egoísmo que
encierran los cuidados de que la rodeo!

Pero tú, amado mío, ¿qué estarás imaginando?

XXIII

Á primero de julio de 1638.

Han transcurrido dos meses sin que haya llegado
á mi noticia alguna, y pierdo la vista escudriñando
el horizonte, en el cual busco en vano á nuestra que-
rida paloma.

En todo punto negro que aparece en el firmamento
se me antoja ver á Iris; pero al cabo de un instante
ádvierdo mi error, y mi pecho, jadeante de esperanza,
se deshinchá lanzando un suspiro.

No importa, espero y seguiré esperando. ¿No vi-
ves? ¿no me amas? ¿Á qué, pues, desesperar de la
dicha?

Sin embargo, el tiempo pasa. Dos meses hace te
pusiste en camino, y si no voy errado en mis cálcu-
los, debes de haber regresado hace ocho ó diez días.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿habráse negado acaso aquel
corazón de bronce?

Con todo, hay quien dice que semejante hombre
ha amado.

¡Señor! ¡no nos abandonéis!

XXIV

Á 5 de julio.

¡Ah! ¡amado mío de mi corazón, si supieses cuánto
te he escrito de quince días á esta parte; cuántos
pensamientos se encierran en las líneas que te he
dedicado; cuántos deseos y cuántas esperanzas,
cuántos anhelos y cuántos recuerdos!

Si algún día volvemos á encontrarnos—¡ay! Dios
lo quiera, como así se lo suplico férvidamente de día,
y en particular de noche;—si algún día volvemos á
encontrarnos, leerás estos escritos, y entonces y sólo
entonces comprenderás cuán amado eras. Mas si
nunca jamás hemos de volver á vernos—¡oh duda
que me hace padecer todos los martirios del in-
fierno!—yo soy quien releeré estas cartas, yo quien
añadiré á ellas todos los días una hoja más desespe-
rada que la precedente y moriré sobre la última, es-
cribiéndote: «¡Te amo!»

¡Ay! yo que creía haber agotado para ti todas las congojas y todas las alegrías de mi corazón, veo que lo porvenir me reserva todavía abismos de gozo ó de dolor que ni siquiera vislumbrara.

¡Mañana! ¿Por qué mi mano tiembla con tal violencia al escribir esta palabra?

Es que mañana será el día que va á decidir de mi existencia; mañana veré si la paloma puede volar. Tres días hace ya que la pobre ha salido de su cesta, que extiende las alas y ensaya volar por mi celda, y va desde la puerta á la ventana. No parece sino que la cuitada comprende cuánto nos importa á ti y á mí el que recobre el poder de su vuelo.

¡Mañana! ¡mañana! ¡mañana!

Escribiré un billete sumamente lacónico para no cargarla con un peso inútil; cuatro palabras nada más, pero en las que te lo diré todo.

¡Hasta mañana pues, amado mío! Voy á pasar la noche orando, en vela, pues en vano sería que ensayar cerrar los ojos.

¿Qué estás haciendo en este instante? ¿sospechas siquiera cuánto te amo y cuánto sufro?

A 6 de julio.

Ahí el alba, amado mío.

Como te dije, no he cerrado los ojos ni espacio de un segundo; toda la noche la he pasado en continuas oraciones.

Espero que Dios me habrá escuchado, y que hoy sabrás dónde me encuentro, que estoy libre y te estoy aguardando.

La paloma está tan impaciente como yo; sin cesar hiere con pico y alas los cristales.

¡Oh pequenuela! Voy á abrir de par en par la ventana, y Dios quiera que tus alas resistan lo bastante para llegar al fin del camino que vas á emprender.

Interrumpo esta carta para escribir el billete que Iris te llevará, ó, tal vez, ¡ay! va á ensayar llevártelo.

A 6 de julio, á las cuatro de la mañana.

Si la paloma llega hasta donde te encuentras, amado mío, lee este billete y parte sin perder segundo, como lo haría yo de saber dónde hallarte.

Estoy libre, te amo y te aguardo en el convento de Montolieu, entre Foix y Tarascón, orilla del Ariège.

Ya sabrás después porqué no soy más explícita, porqué va tan conciso este billete, porqué es tan delgado este papel, y mil cosas más, tales como nuestras desventuras, nuestras angustias y nuestras esperanzas. ¡Ah! si Iris llega hasta tu celda ¿no es verdad que vas á ponerte en camino inmediatamente?

Quedo aguardándote como el ciego la luz, el moribundo la vida, el muerto la resurrección.

¡Ve, querida paloma, ve!

A las cinco de la mañana del 6 de julio.

¡Estamos malditos!

¡Oh mi amado conde! ¿qué va á ser de nosotros? ¿No me queda ya sino morirme en medio de la desesperación y de las lágrimas?

Iris no puede volar; no bien ha recorrido una distancia de cien pasos, se le han debilitado las alas, y al querer posarse en una de las últimas ramas de un álamo ha chocado con ella y de rama en rama no ha parado hasta el suelo.

Yo he corrido presurosa á su encuentro con los brazos tendidos, el corazón quebrantado y profiriendo un largo gemido que ha terminado en un grito de dolor. La he recogido, y después de un instante de reposo la pobre ha intentado, de suyo, volar por segunda vez, pero de nuevo ha caído.

Yo me he caído á su lado, revolcándome por el suelo y arrancando con manos y dientes la hierba.

¡Oh Dios mío! ¿qué va á ser de mí? Estaba dema-

siado orgullosa de mi ventura, demasiado segura de mi dicha, y ya la tenía en el puño, cuando la fatalidad me ha abierto la mano, y ha huido mi tesoro.

¡Señor! ¡Señor! ¡por qué no me inspiráis, por qué no me ilumináis! ¡Socorredme, Señor! volved á mi vuestros ojos misericordiosos! ¡Señor! ¡ved que pierdo la razón!..

¡Aguarda! ¡aguarda!

¡Oh bondad divina! ¡me has escuchado!

Oye, amado mío, en mi corazón acaba de renacer una esperanza. ó más bien esta esperanza es una luz del cielo.

He seguido tantas veces, con los ojos, desde mi ventana el vuelo de nuestra paloma, en el instante de su partida, que sin temor de equivocarme puedo hacer á lo menos dos ó tres leguas en la misma dirección que ella. Iris pasaba por encima de las fuentes del ancho y pequeño río que en Foix vierte sus aguas en el Ariege; de consiguiente pasaba también por encima del bosquecillo de Amourtier y del Salat entre San Girons y Ust.

Pues bien, ahí lo que voy á hacer.

Primeramente me vestiré de peregrina; luego saldré en tu busca, encaminándome hacia la aldehuela de Rieupregán, en cuya dirección siempre perdía de vista á Iris. Una vez haya atravesado esta aldea, me confiaré á nuestra paloma, la cual á cada vuelo puede salvar una distancia de cien pasos poco más ó menos. De esta suerte, Iris, volando y reposando de cien en cien pasos, me servirá de guía, y yo la seguiré como los hebreos seguían de noche la columna de fuego y de día la de humo; porque también yo iré en busca de la tierra de promisión, y la hallaré ó sucumbiré de fatiga y de pesadumbre durante el trayecto.

¡Ay! lo sé, el camino va á ser largo; la pobre paloma—perdóname lo que te haré padecer, dulce mártir de nuestro amor—no podrá hacer más de dos leguas por día; pero no importa, amado mío, aun

cuando debiese yo consumir, buscándote, lo que me queda de vida, hasta el fin de ella no cesaría en la demanda.

Parto pues sin tardanza, hoy mismo.

Todo se lo he contado á nuestra superiora, todo se lo he dicho, excepto tu nombre. La buena señora es mujer digna y santa, que ha compartido conmigo mis pesares y mis lágrimas y me ha ofrecido proporcionarme alguien que me acompañase; pero yo he rehusado. No quiero nadie; lo que voy á hacer es seguir un como instinto, un misterio entre el cielo y nosotros dos: lo único que la he prometido ha sido que si me cabía la dicha de hallarte se lo escribiría. ¡Ah! si la buena abadesa no recibe carta mía, sabrá que estoy muerta, que he perecido loca, desesperada, en un rincón de algún bosque, en la margen de algún camino ó al borde de algún río.

Parto, y me llevo conmigo todas las cartas que te he escrito y no has recibido y quizá nunca recibas. ¡Oh! si un día puedo depositarlas todas á tus pies diciéndote: «¡Lee, lee, amado mío!» entonces verás cuánto he sufrido; pero también ¡cuán dichosa seré aquel día!

Son las tres de la tarde y me pongo en camino; hoy espero llegar á Rieupregán.

Durante la noche del 7 de julio.

Antes de ponerme en camino he entrado en la iglesia á fin de llevarme, por decirlo así, á Dios conmigo. Me he prosternado ante el altar, apoyando la frente en una piedra esculpida, en el sitio mismo en que la escultura figura una cruz, y he orado.

¡Cuán cierto es que en la oración se halla un bálsamo! Es éste el verde otero donde nos sentamos y reposamos después de fatigoso camino; el arroyo que

encontrámos en medio del arenoso desierto y en el que apagamos nuestra sed.

He salido de la iglesia llena de fuerzas y de esperanza; parecíame que Dios había engastado en mis espaldas las alas de alguno de sus ángeles. ¡Ah! sí, era la oración la que me arrebatava de la tierra y me subía hasta el Señor.

¡Oh Dios mío! ¿no es verdad que mis amarguras no son sino una prueba á que me sujetáis? ¿No es cierto que no me habéis condenado, y que él se encuentra al extremo del camino de que acabo de recorrer la primera etapa?

Aguárdame, amor mío, aguárdame, que por quien soy te juro que un día ú otro me reuniré á ti.

Te he abandonado por un instante para apoyarme en el barrote de una ventana que mira á la aldea de Boussenac.

Dicha aldea está situada en mi camino y mañana pasaré por ella, á menos que nuestra paloma nõ me desvíe. Un perro, indudablemente extraviado en un bosquecillo que diviso á la derecha y que resalta como una mancha oscura sobre el suelo, está aullando lúgubrementemente.

—Si el perro deja de aullar, heme dicho, será buena señal, y hallaré á mi bien.

El perro se ha callado.

¡Qué supersticiosos somos cuando sufrimos, amor mío! ¿Lo sabes tú? ¿estás sufriendo?

¡Cuán hermosa está la noche, Dios mío! En este instante imagino que tú te encuentras, cual yo, apoyado en el alféizar de una ventana, fijos en dirección mía los ojos, cual yo hacia donde tú gimes, y puesto en Dios y en mí tu pensamiento, como en Dios y en tí tengo puesto el mío.

¿Has visto la hermosa estrella que ha trazado un surco de fuego en el espacio? ¿cuántas leguas ha recorrido en un segundo?

¡Oh! ¡si yo pudiese en un segundo ir, cual ella, desde donde me encuentro adonde tú estás, aun cuando al llegar á tu lado debiese extinguirme como ella se ha extinguido!

De todo corazón aceptaría ese luminoso segundo de dicha, por más que á él debiese seguir una noche eterna.

Hasta mañana, amado mío, en que espero acercarme todavía más á ti.

Á 9 de julio.

Heme detenido en una aldehuela apellidada Soulán. ¡Qué tempestad, Dios mío! ¿Qué había hecho la tierra para que el Señor la amenazara de esta suerte con su terrible voz?

El agua, que ha caído á torrentes, ha engrosado el Salat, del que ha cegado los vados; para dar con un puente necesito llegarme hasta San Girons, lo que me hace perder dos días.

Me han asegurado que mañana podré anudar el camino y que el río habrá recobrado su nivel ordinario.

¡Oh! ¡un día perdido! ¡un día en que es indudable me estés aguardando, en que tal vez me acusas!

Á 12 de julio, por la noche, en la aldea de Alós.

Un campesino se ha prestado á servirme de guía, y conducida por él he atravesado el río subida sobre una mula. Por poco el agua nos arrastra á todos, por haber puesto aquella el pie en vago al llegar á un tercio de la corriente.

—Si muero, Dios mío, he dicho levantando los ojos al cielo y cruzando las manos sobre el pecho, sabéis que es por mi amado.

Y pues no hé sucumbido, ya ves que debemos encontrarnos.

Á 15 de julio.

He anudado mi marcha á pie, siempre guiada por nuestra paloma. El 13 he recorrido la distancia que separa Alós de Castellón, esto es, unas tres leguas; jornada por cierto asaz penosa para la pequeñuela, de la que debiera yo conmiserarme más que no lo hago.

El día siguiente, 14, he pagado mi crueldad de la víspera haciendo apenas una legua, y hoy 15, heme en San Larry, situada en el lado de allá de un arroyo innominado que paga tributo al Salat.

Por lo demás, estoy segura de que piso el verdadero camino. La paloma no vacila un solo instante, no se desvía para nada; sigue adelante en línea recta.

Pero el tiempo no se detiene y tú aguardas; las horas pasan y tú has hecho un voto.

¡Oh! no te apresures á cumplirlo, amado mío; créeme, cree á tu Isabel, de quien has dudado por un instante con grave quebranto de ambos.

Á 18 de julio.

Hace tres días que puede decirse vago al acaso, rodeando bosques y orillando arroyos. ¡Ay! el aire no ofrece los obstáculos que me opone la tierra. La paloma pasaba libremente por los sitios donde á las veces me veo obligada á detenerme.

Te lo confieso, ¡oh amado mío! en ocasiones desmayan mi valor y mis fuerzas, y me tiendo al pie de algún árbol, moribunda y desesperada.

Once días hace que me puse en camino y apenas he avanzado unas diez y ocho leguas, trecho que, cuando estaba buena, nuestra mensajera de amor recorría en una hora, atravesando con la rapidez de la flecha por encima de esos miserables reptiles que se intitulan los reyes de la Creación, sin embargo de carecer del instinto del pájaro y de emplear once días

para recorrer la misma distancia que una paloma salva en una hora.

Dime ¿por qué una miserable aguja imantada sabe dónde está el norte, y lo ignoro yo, criatura viviente, discursiva, diligente y formada á imagen del Creador? ¿Por qué un buque que parte de cualquier punto del mundo va al otro cabo de la tierra en busca de una isla situada en medio del océano, y yo no puedo hallarte á ti, hacia quien, por así decirlo, no tengo sino tender los brazos?

¡Oh Dios mío! claramente veo ahora que para hallarte no debo tender los brazos hacia él, sino tenderlos hacia Vos.

¡Dadme fuerzas, Señor! ¡conducidme! ¡guiadme!

Á 29 de julio.

Poco á poco voy recobrando la razón y la vida.

¡Oh amado conde! he creído morirme, y en nada ha estado como por fin no he sabido dónde te encontrabas, porque los muertos lo saben todo; poco le ha faltado como no ha sido el espectro de tu Isabel el que haya entrado en tu celda, de noche, á la hora en que entran los espectros.

Por esto me pesa la existencia, porque al ver tú mi sombra hubieras comprendido que estaba muerta, mientras ahora, no viendo sombra ni cuerpo puedes creer que te he olvidado ó te he sido infiel. No digas que no, ¡ay! una vez lo creíste.

No, no te he olvidado ni te he sido infiel; he estado al borde del sepulcro, y esta ha sido la causa de mi silencio en estos últimos días.

¿Te acuerdas de aquel herido que acosado por la sed se había acercado, arrastrándose, á un arroyo, perdiendo en el esfuerzo las últimas gotas de sangre que le quedaban, el último soplo de su aliento, todo para alcanzar el agua, y el cual pereció al beber el

primer sorbo? Pues á mí me ha acontecido casi idéntico.

Después de larga caminata al través de bosques que luego he sabido eran los de Mauleón, me llegué jadeante á un manantial que brotaba de la tierra, pero de agua tan fría, que parecía salir de entre témpanos, y de ella bebí en la creencia de que me restituiría las fuerzas y el vigor necesario para proseguir mi camino. Efectivamente seguí adelante; pero apenas hube andado un centenar de pasos, cuando apoderóse de mi cuerpo el más vivo temblor y caí desmayada al borde del angostoso sendero por el cual iba caminando.

Cuanto siguió á mi desmayo, lo ignoro; sólo sé que ayer me desperté muy endeble y que al tender en torno mío la mirada me hallé en un limpio aposento, sepultada en una cama á cuyo pie vi una mujer desconocida, mientras en mi cabecera estaba nuestra paloma que con su rota ala me acariciaba la mejilla.

La mujer que digo, regresaba del mercado de Mauleón con dos hombres, quienes al verme respirar todavía se compadecieron de mí y me trajeron donde me encuentro, que no es sino una casa de la aldea cercana á Nestier, según me han dicho. El aposento que habito domina los alrededores, á lo que parece, pues desde mi cama sólo descubro el cielo.

¡Oh! ¡el cielo! ¡el cielo! únicamente de él espero socorro.

Ayer pregunté en qué día del mes nos encontrábamos, y respondieronme que á 28 de julio. ¡Ay! hace ya más de veinte días que me puse en camino y vago al acaso. ¿Qué distancia me separa de ti? ¿estoy cerca ó lejos?

He pedido papel, tinta y pluma; pero tan buen punto he trazado las primeras letras, la cabeza se me ha desvanecido y me ha sido imposible continuar.

No necesitando ya que me velen, pues me encuentro mejor y me siento fuerte, he despedido y dado las

gracias á la mujer que cuidaba de mí. Esta noche ensayaré levantarme, y mañana veré de ponerme en camino.

De tener que permanecer inactiva de esta suerte mientras tú me estás aguardando, me moriría; porque tú me estás aguardando ¿no es verdad, amado de mi corazón?

La paloma también está descansada del todo, por lo que espero va á dar más largos vuelos y de consiguiente á acercarse más rápidamente á ti.

Me había forjado la ilusión de que iba á poder escribirte durante toda la noche, pero he alardeado sobradamente de mis fuerzas; es menester que me detenga y te diga adiós, pues me zumban los oídos, todo vacila á mi alrededor y los caracteres que traza mi pluma me parecen de fuego.

¡Ah!...

Á las nueve de la mañana.

He dormido unas dos horas, pero mi sueño, sobre haber sido horrorosamente agitado, ha asumido todas las apariencias del delirio. Por fortuna al abrir de nuevo los ojos he visto las primeras ráfagas de luz del alba.

¡Oh amado mío! ¡qué hermoso sería el nacer del día si nos encontrásemos el uno al lado del otro y juntos contásemos, á medida que fuesen desapareciendo, las estrellas cuyo nombre tú conoces, las cuales se funden y desvanecen en el éter poco antes que aparezca el sol!

Acabo de abrir la ventana, pues me parece que mira á una extensión inmensa; pero ¡ay! ¡tanto cuanto esta es más grande más perdida me hallo!

¡Dios mío! ¿La hermosa y apasionada fábula de Teseo y de Ariadna no es verdaderamente sino fábula, y mi oración, profunda, ardiente, eterna, no al-

canzará á hacer que de vuestra bendita diestra parta un ángel que me traiga el hilo conductor que á él me acerque?

¡Oh Señor! escucho, miro y aguardo, y no veo sino el sol, es decir, vuestra imagen, que sin mostrarse aún, colora de rosa toda la atmósfera que baña la cadena de montañas detrás de la cual se eleva en este instante.

¡Cuán esplendorosa perspectiva para un corazón tranquilo! ¡Qué hermosa y gallarda estructura la de esas colinas, cuyos azulados contornos resaltan sobre los dorados rayos del astro! ¡Qué gigantesca y magnífica es aquella sierra que limita el horizonte, con sus nevados picachos que se argentan y brillan á las primeras llamas del astro divino! ¡Qué terso, majestuoso y profundo es ese caudaloso río que cruza el llano y cuya corriente viene hacia mí!...

Pero ¡oh Dios mío! no me engaño, no; el ángel que os he implorado me enviaseis y al que estoy aguardando, ha llegado, invisible pero real. Esas colinas detrás de las cuales el sol se eleva; aquella doble arista en cuyo centro se mece en este instante el astro rey; aquellas montañas de nieve que semejan pilares de plata que sostienen la bóveda celeste; ese gran río, que se desliza de sur á norte y recibe tributo de los arroyos vecinos, como un soberano lo recibe de sus súbditos... son las colinas, las montañas, el río que él me describió y descubre desde su ventana. Mi horizonte es el suyo. ¡Dios mío! ¿no me habéis descarriado sino para conducirme más derechamente á él ni cerrado mis ojos sino para mostrarme la luz cuando de nuevo los abriera?

¡Qué infinita es vuestra misericordia, Señor! Sois grande, y santo, y bueno, y quien os hable sólo debe hacerlo prosternado.

¡De rodillas pues, corazón sin fe que has dudado de la bondad del Señor tu Dios! ¡de rodillas! ¡de rodillas!

Á las cuatro de la mañana.

He tributado gracias á Dios y me pongo en camino, fortalecida con la fe. Si me sentía débil era porque había desesperado.

Al dirigir una postrer mirada al espacio que me rodea, no he podido menos de admirar la exactitud del cuadro, que si como pintor le trazaste con vivos colores, como poeta le describiste con insuperables galas de lenguaje.

Ahí las cumbres de los Pirineos que del blanco mate pasan al vivo reflejo de la plata bruñida; ahí sus laderas que van iluminándose gradualmente, pasando del negro al violeta y del violeta al azul celeste, cual inundación de luz que bajase de los altos picachos; ahí la luz que se difunde por el llano; los arroyos que refulgen cual hilo de plata; el río que se retuerce y ondula cual cinta de ormesí; los pajarillos que cantan en los bosquecillos de oleandros, en los setos de granados, en las matas de mirtos; ahí el águila, reina del firmamento, que gira en el éter.

¡Oh amado mío! ya estamos unidos por la mirada, y lo que tú ves yo veo...

Pero ¿desde dónde lo ves tú?

Aguarda, aquí traigo tu carta. ¡Ah! las que me has dirigido no se apartan nunca de mí, y cuando de mi pecho se escape el último aliento, ahí junto á mi corazón estarán para que los que me depositen en la tumba me entierren con ellas si no quieren cometer sacrilegio.

¿Desde dónde lo ves?

¡Dios mío! apenas si puedo leerlo; por fortuna las sé de memoria, tanto, que de extraviármeme las escribiría de nuevo de la primera línea á la última.

¡Las he leído tantas veces!

«Mi ventana, cubierta por un inmenso jazmín cuyas floridas ramas aromatizan mi celda al penetrar en ella, se abre contra oriente.»

Esto es, sí, esto es. El sol acaba de levantarse á mi izquierda, luego tú te encuentras á mi derecha.

« La meseta que domino está inclinada de mediodía á norte, desde las montañas al llano. »

También es así.

Si, allá, allá abajo, en el horizonte, está la meseta en que se asienta tu ermita. Gracias, Señor, por la diafanidad del día que empieza.

Mas ¿por qué se encuentra mi amado tan lejos todavía, ó por qué es tan débil la vista humana? Veo centenares de manchitas blancas desparramadas entre verdes árboles, sí; pero ¿cuál de ellas es su ermita?

Paloma mía, mi querida paloma, paloma hija del cielo, dímele tú.

Parto, amado mío, pues el tiempo que pierdo lo robo á tu dicha y á la mía, y menospreciar un minuto sería provocar á Dios.

¿No es verdad que por haber llegado un minuto de demasiado tarde me perdiste á mí?

Ven, paloma, y dime ¿no es cierto que mañana, tal vez esta tarde, vamos á verle de nuevo?

Á 31 de julio.

La noche ha interrumpido nuestras investigaciones, pero mantengo viva la esperanza.

He interrogado á cuantos se han cruzado en mi camino, los cuales me han mostrado un convento que se levanta en lontananza, en la vertiente, y una casita blanca que está cerca de éste y se parece á la que tú me describiste. La he visto, sí, la he visto envuelta en el azulado vapor de la tarde; quizás era la tuya, quizá tú, por tu parte, abarcabas con la mirada todo el horizonte que dominas, sin saber que en él se agitaba, invisible para ti, esta desdichada criatura que sólo por ti vive y sin ti va á morir.

Como te he dicho, me he informado, y hanme respondido que la casa á que me refiero estaba habitada

por un solitario, por un sabio, por un hombre consagrado á Dios, joven aun y gallardo.

El hombre este eres tú, amado mío; ¿no es verdad que eres tú? Si lo eres, durante el día has pasado por la aldea de Camond, donde me encuentro en este instante, y has visitado á un infeliz carpintero que se ha roto un muslo á consecuencia de haber caído de lo alto de un tejado. Después de haber curado al sin ventura y prodigádole tus cuidados, te has salido, dirigiendo á la familia del doliente, que se había arrodillado á tu paso, estas generosas palabras:

—Heos consolados; rogad por el consolador.

Sí, eres tú; te he reconocido en esta dolorosa frase.

¡Oh amado mío! me estás aguardando, y sufres porque no sabes qué ha sido de mí; y sufres porque dudas, y dudas porque eres hombre. ¡Ah! yo no he dudado, sino que te he creído muerto.

¡Cuando imagino que de haber llegado dos horas antes tal vez te hubiese encontrado! Y digo *tal vez*, porque de estar segura de que eras tú, á pesar de lo quebrantada que me hallo, al instante mismo me pondría en camino conducida por un guía. Pero ¿y si me engañase y no fueses tú? ¡Ay! el instinto de la paloma es superior á todo, no se ha desviado un instante. No es ella la que ha errado, sino yo que he perdido las fuerzas.

Do quiera que te encuentres ¿qué estás haciendo en este instante, amado mío? Á no ser que pienses en Dios, tienes la mente ocupada en mi recuerdo, no lo dudo.

Yo, al pensar en ti, pienso en Dios, y al pensar en Dios, pienso en ti.

Son las once de la noche, y me despido de ti hasta mañana, en cuyo día, una esperanza demasiado profunda para que no provenga del cielo me dice que por fin voy á verte de nuevo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXV

Á las once de la noche del 31 de julio.

No sé si volveré á verte nunca más, amada mía de mi corazón; pero apresúrate; va á sonar la media noche, y una vez haya sonado va á empezar el último día de mi vida en el siglo.

Mañana es el indicado para la publicación de mis votos; he aguardado religiosamente el cumplimiento entero de los tres meses, pero no puedo faltar siempre á la palabra dada á Dios. Pues tú te callas, Él me habla; tú me abandonas, Él me reclama.

¡Oh! no sin dolor hondísimo renuncio á la esperanza que por un instante me devolviste.

En cuerpo y alma me había restituído de nuevo á lo pasado, esto es, á la dicha; dicha á la cual me costará más volver á renunciar que no va á costarme el renunciar á la vida: porque la que se lleva en el claustro, digan lo que quieran, no significa la muerte del cuerpo ni del alma. Con frecuencia he examinado cadáveres y he fijado los ojos en su pálida y lívida frente; era la materia que se descomponía y nada más. Ningún sueño fermentaba en aquel cerebro adormecido para siempre, dolor alguno moral ni material hacía estremecer aquellas fibras relajadas para una eternidad. Á menudo he examinado también los cadáveres vivientes á quienes apellidan frailes, y aun cuando su frente está más descolorida, más lívida que la de un muerto, en ella palpita la vida; las lágrimas que incesantemente brotan de su corazón como de un manantial profundo é inagotable hanles atraído los

ojos al fondo de sus órbitas y abierto en sus mejillas ese surco de amargura en el cual Dios reconocerá á los elegidos del dolor, y á los cuales, así lo espero, convertirá en elegidos de su amor.

El estremecimiento nervioso que da fe de la vida y patentiza el dolor, agita continuamente sus crispados miembros. ¡Ay! no es la tranquilidad de la vida ni la quietud del sepulcro, sino una agonía lenta, febrosa, devoradora, que conduce de este al otro mundo, de la vida á la muerte, del lecho á la tumba.

Pues bien, Isabel, yo no me alucino, no cierro los ojos á la evidencia; desciendo al abismo después de haber medido su inmensa profundidad; también yo voy á entrar en esa agonía, que ojalá sea rápida precursora de la muerte.

Adiós, voy á pasar la noche orando. Á las dos empezarán á tañer las campanas del convento, para anunciar que un alma, no un cuerpo, va á abandonar la tierra por el cielo.

Á las nueve deben venir por mí los que van á ser mis hermanos en Dios.

Á las cinco de la mañana del primero de agosto.

Por última vez acabo de ver salir el sol. Nunca me había parecido tan brillante, tan magnífico y esplendoroso. ¿Qué le importan á él los dolores de este insignificante globo al que ilumina con su luz, ni las lágrimas que en este instante estoy derramando y empapan el papel en que escribo, lágrimas que no necesito exponerlas sino espacio de diez minutos á sus rayos para que se las haya bebido como se bebe la gota de rocío que tiembla al extremo de una brizna de hierba ó rueda como un diamante al fondo del cáliz de una flor?

Ya no le veré más. La celda que me han destinado mira á un patio circuido de elevados muros, y sólo al través de la escotadura de un arco divisaré un rincón

del cementerio, rincón que solicitaré me concedan para dormir en él el sueño eterno; que es menester tengamos lo más cerca posible aquello que deseamos alcanzar más presto.

¡Oremos!

Á las nueve de la mañana.

Los cánticos van acercándose gradualmente; vienen por mí.

¡Ay! no quiero que esos hombres suban hasta aquí; que descubran vuestras cartas; que vean este papel en que escribo, ni que sean testigos de mis lágrimas.

Voy á aguardarles en el umbral.

Mi alma queda con vos; ellos... sólo se llevarán un cadáver.

¡Adiós!

El grito que exhaló la creación á la muerte de su Dios no fué más profundo, más desgarrador, más lamentable que el que yo exhalo sobre la muerte de nuestro amor.

¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós!

XXVI

Á las diez.

¡Vuestro celda está vacía! ¡empapada en lágrimas vuestra carta, supremo adiós á nuestro amor!

¡Ay de mí! llego media hora demasiado tarde.

Pero ¿y si todavía no hubieseis pronunciado vuestros votos?

¡Dios mío! ¡Dios mío! dadme fuerzas.
¡Oh paloma, paloma, quién me diera tus alas por más que las tengas rotas!

XXVII

(Fragmento de una carta encontrada en los archivos del convento de las Ursulinas de Montolieu, pero de la cual falta la primera parte.)

Al quebrar el alba me había puesto en camino para la aldea de Camons, en la cual, como os he dicho, mi carísima madre en Dios, todo me daba á creer que él había estado durante el día.

Por las señas que á mis instancias me diera la familia del pobre carpintero herido, le hubiera reconocido fácilmente, si mi corazón no me hubiese dicho ya que era él. Demás, las palabras que mi amado pronunciara: «Heos consolados; rogad por el consolador», no podían proceder sino de un alma dolorida como la suya y pronta á consagrarse á Dios.

Á la esperanza de verle de nuevo, recobré las fuerzas. De tomar un caballo ó un coche, era preciso dar un inmenso rodeo para llegar á la casita aquella que parecía un punto blanco, situada cerca del sombrío y macizo convento de los camaldulenses, del cual, aunque distante unas tres leguas en línea recta, me llegaba en alas del viento el clamoreo de sus campanas.

Al salir de la aldea solté á la paloma, que dió uno de sus más largos vuelos, cerca de doscientos pasos, en dirección de la casa á la cual devoraba yo con mis ojos. Ya no vacilé más; la cercanía del término había, cual á mí, dado fuerzas á la pobre ave.

Por desgracia no había senda alguna trazada, lo que me obligó á seguir la vertiente de la montaña, cortada en distintos puntos por torrentes y arroyos, ó poblada de bosquecillos en los cuales no me atreví á penetrar, temerosa de extraviarme en ellos.

De esta suerte y sin interrupción anduve espacio de tres horas; pero á causa de los infinitos rodeos que me veía obligada á dar, apenas había avanzado dos leguas.

Con frecuencia la casa desaparecía á mis ojos, y á no ser mi querida paloma, á la que arrojaba al aire para que con su vuelo me guiara, me habría desorientado.

Por fin, parecióme que á medida que me iba acercando, el camino ofrecía menos dificultades.

En esto oí sonar las ocho en el reloj de una aldehueta, y no sé porqué el timbre de aquellas campanas me llenó de tristeza y me oprimió el corazón. No parecía sino que cada vibración, al pasar junto á mí llevada por sus alas de bronce, me decía: «¡Apresúrate! ¡Apresúrate!»

Apresuráme, pues, y á poco empecé á distinguir, con todos sus pormenores, la casita que él me describiera, á medida que iba acercándome á la cual conocí la ventana desde donde contemplaba mi amado la salida del sol, y el jazmín que sombraba la ventana, jazmín que desde lejos ofrecía todas las apariencias de una verde empalizada.

Por un instante creí ver á mi prometido en la ventana aquella, y, fuese visión ó bien realidad, tendí los brazos y lancé un grito.

¡Ay! ¡todavía me encontraba á más de un cuarto de legua de distancia! Antonio no me vió ni me oyó.

Las campanas del convento seguían tañendo, y su son al recordarme, á pesar mío, el incesante y nocturno clamoreo que precediera á mi toma de velo, me infundía la terrible sospecha de que tañían para él.

Pero entre mí y meneando la cabeza, me decía:

—¡No, no, no!

Fuí acercándome, y entonces vi una larga procesión compuesta de frailes que se dirigían á la casita blanca, los cuales poco después tomaron de nuevo el camino del convento.

¿Qué iban á buscar los frailes en aquella casa? ¿Un vivo ó un muerto?

Poco tiempo me faltaba para saberlo, pues sólo me encontraba á algunos centenares de pasos de la casita, cuando un torrente me cortó el camino; torrente tan rápido, tan pedregoso, tan lleno de fango y al parecer tan profundo, que no intenté siquiera atravesarlo.

Lo que hice fué subirme corriendo, con todo y la fatiga que me rendía, hasta los manantiales de aquél, si animada de la esperanza de llegar á la casita, no menos segura de que, una vez en ella, iba probablemente á abandonarme mi ficticia energía.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegué á un árbol echado sobre ambas orillas; y si en otras circunstancias no me hubiera atrevido á pasar por aquel puente movedizo, en aquella ocasión lo crucé con planta segura, como lo había medido con mirada certera.

Una vez en la margen opuesta, cesaron los obstáculos, y continué por una especie de sendero, mi carrera, tanto más rápida cuanto más me acercaba á la casita.

Por fin llegué al tan deseado término; la puerta estaba abierta: franqué el umbral, y me subí precipitadamente por una escalera que había á la derecha, pero sin proferir palabra, sin llamar á nadie; y es que en cuanto hube tocado la puerta no me atreví á dar

voz alguna, tan convencida estaba de que iba á hallar vacía la celda.

Así aconteció efectivamente; nadie había en ella; la ventana estaba abierta, y sobre la mesa se veía una carta empapada en lágrimas.

Dicha carta ¡oh madre mía! cuyas últimas líneas no hacía media hora estaban trazadas, era su despedida suprema.

Llegué media hora demasiado tarde: Antonio se encontraba en la iglesia y pronunciaba sus votos.

Sentí el piso temblar bajo mis plantas, todo empezó á girar en torno mío, y empecé un grito que debía terminar con mi último suspiro, cuando prontamente me acudió la idea de que el sacrificio tal vez no estaba consumado, de que quizá mi amado aun no había pronunciado sus votos.

Entonces me salí corriendo de la casa, tomando instintivamente en las manos mi paloma, que se había posado en una rama de boj bendecido, y me encaminé hacia el convento; pero ¡ay! aun cuando éste no distaba más de cien pasos, conocí que mis fuerzas no alcanzarían á sostenerme hasta llegar á la iglesia: mi cerebro no conservaba sino un resto de razón y mi pecho un apagado soplo de vida.

Á mis oídos llegaba la voz de los frailes, que cantaban el *Magnificat*, y el sonido del órgano, que tocaba el *Veni Creator*.

Algunos segundos más y todo estaba consumado.

¡Oh desventura! yo me encontraba del lado del ábside de la iglesia, y para entrar en ella me era preciso rodearla.

La ventana del centro estaba abierta; pero ¿cómo esperar que mi voz dominase el ruido del órgano y la voz de los frailes?

Con todo ensayé dar un grito; mas de mi pecho no brotó sino un ronco estertor.

Instantes hay en que comprendemos que todo nos abandona, que todo está perdido.

Mis ideas se confundieron; los resortes de mi vida se quebrantaron... Luego, luego, en medio de aquel caos, atravesóme el corazón un rayo, una llama, una luz, y lanzando mi paloma hacia la abierta ventana, caí desvanecida.

¡Oh bondad divina! cuando recobré la razón, me hallé en sus brazos.

Mi amado vestía ya el hábito de fraile, ostentaba ya la tonsura del sacerdote, y sin embargo era mío, mío, mío; ¡mío para siempre!

El juramento, iniciado ya en sus labios, habíalo interrumpido la paloma al descender como el Espíritu Santo en medio de un rayo de luz.

¡Oh querida paloma! tu imagen será esculpida en nuestra tumba, y tu cuerpo adormecido en nuestras entrelazadas manos.

Os prometí, madre mía, escribiros si le hallaba. Dios, en su misericordia infinita, ha permitido que así sea, y os lo participo.

Vuestra muy respetuosa y agradecida hija,

ISABEL DE LAUTREC, CONDESA DE MORET.

Palermo la Venturosa. á 10 de septiembre de 1638.

FIN DE LA PALOMA.

Traducción de LUIS CALVO.